

... de los mejores escritores nacionales y extranjeros.

# EL CASCABEL.

PERIÓDICO PARA REIR.

Costumbres, semblanzas, tipos, crítica literaria, consejos, que el que los quiera los toma y el que no los deja, acertijos, charadas, logogrilos y lo que verá el curioso lector.

6 rs. por trimestre en Madrid. Administración, Jardines, 11, librería.

6 rs. por trimestre en provincias, remitidos en sellos de libranzas a la Administración.

El programa, los principios y los fines de EL CASCABEL se encierran simplemente en el propósito de ponérselo al gato. Lo que fuere sonará.

## ADVERTENCIA.

Los señores suscritores de provincias, cuyo abono termina en este número, se servirán avisar la renovación oportunamente, si no quieren experimentar retraso en el recibo del periódico.

## REVISTA DE MADRID.

Ya tenemos un mes menos que vivir. Los 31 días de este mes han pasado para no volver, se han llevado una parte de nuestra existencia, y nosotros tan contentos y tan satisfechos.

Porque lo que es hoy, todos estamos contentos, como si hubiera llovido a gusto de todos. No pensamos en otra cosa que en divertirnos este Carnaval, como Dios nos dé a entender, es decir, como el diablo quiera, que éste es el presidente obligado en tales fiestas.

Por supuesto que antes y con antes, como acontece siempre, ha comenzado el jaleo, pero el gran jaleo será después, cuando llegue la época del jaleo. Esta idea alegre, retizona, diabólica, se convierte en amarga, triste y funebre si se piensa en las consecuencias del jaleo, que siempre tiene consecuencias.

Los excesos de la gula y la intemperancia, los aires colados, los desengaños, aunque estos ya no matan a nadie, y éste es uno de los progresos de la civilización, las pérdidas de salud, dinero y otras prendas igualmente estimables, las disensiones entre amigos y entre amantes, y otras muchas desdichas más son las consecuencias forzadas de la época que se avecina.

Por eso a nosotros no se nos ve asomar por ninguno de los teatros, salones y circos en que se danza, vocea y escandaliza con careta ó sin ella. Esto va en gustos.

Muchos de nuestros lectores opinarán como nosotros, y en cambio otros muchos pensarán que este mundo es un fandango y el que no lo baila un tonto, que la ocasión es calva, y que cuando pasan rábanos se compra, que a quien se muere lo entierran, que a mal dar tomar tabaco, y estarán por consiguiente deseando echar una cana al aire, y dar unas cuantas zapapatas, y soltar cuatro pipos a quien mejor les parezca, y divertirse, en fin, por aquello de que hay más días que longanizas, y tras un tiempo viene otro, y porque les da la gana, que es la razón más convincente y sin réplica, desde que la empleó, aunque en sentido negativo, el periódico contemporáneo del arca de Noé, *La Esperanza*.

Pues a nosotros no nos divierteu los bailes de Carnaval. Aquella atmósfera nos sofoca, aquellas máscaras con la cara cubierta nos parecen feas, nos dan miedo, aquel respirar tan fatigoso, aquel comer, digo cenar, tan caro, nos descuartiza, aquel ir y venir nos marean; en resumen, en cuanto a jaleos estamos por el de Jerez, bañado por una moza de rumbo y ademán brioso. Y además, bailar no nos seduce, y ver bailar nos da náuseas. Aquel wals, aquella polka, aquella habanera sobre

todo tienen verdaderamente un sabor a prosa, a materialismo, a carnosidad, por decirlo así, que abruma y desencanta, y hasta huele mal.

Una mujer ceñida por la cintura por el brazo de un hombre que no es su esposo, solo con careta puede presentarse a nuestra vista.

Un hombre con levita, con sombrero puesto, moviendo los pies á compás, llevando á remolque una mujer, y unas enaguas, y un refajo, y un mirriñaque, y cerca de la suya una cara de cartón ó de seda, sudando el quilo y dando vueltas á un salón, en presencia de mil personas y de su conciencia, nos parece un hombre que no puede ser ciudadano, ni elector, ni elegible, nos parece un hombre que no puede hacer más que bailar y el oso, que no puede saber ni las cuatro reglas de la aritmética.

Una madre gorda, vieja, ó cuando menos jamona, viuda, con una corta pensión de Monte-Pío, y una pensión muy grande de dos hijas casaderas, sentada en un rincón del salón de baile, mareada con las vueltas de los que vailan y las idas y venidas de los que pasean, abanicándose, cuando no cuenta los chinos del país del abanico, y esperando allí paciente, aburrída, triste, dormitana y flatulenta que sus hijas dejen de bailar, y que se acuerden de ella para llevarla á ambigü, cuando á ellas las lleven sus parejas, sin más esperanzas que una chuletilla vieja, dura y correosa que tomará, si se la pagan, y mil disgustos que le darán sus hijas, y los novios de sus hijas, y sin más consuelo que el tristísimo recuerdo de los bailes á que asistió en sus juventudes, cuando conoció á quien fué su marido, que estaba hecho un real mozo con su uniforme de la Guardia Real, y en los que ella lucía tantos diges y pedrerías, y aquellos hombros tan torneados, y aquella espalda que tenía, que era la admiración de propios y extraños, nos parece una sombra, un remordimiento, un estorbo, una viruela del Carnaval, si así puede decirse.

Las mamás son en un salón de baile otros tantos espejos en los que debían mirarse las hijas; pero, estas, como los espejos de cristal que hay en el salón, están empañados por tantos alientos, por tanto gas que se desprende de la concurrencia que baila, grita, y vocea, no se miran en otros que en los ojos de sus galanes.

Un viejo verde, que deja su casa, su mujer y sus hijos, si es marido y padre, y se coloca debajo de la lucerna á esperar bromas y á observar el talle de esta, la mano de aquella y el pie de la otra, que tiene dos onzas en el bolsillo á disposición de las máscaras, que se deja llevar y traer, y zarandear por ellas, nos parece uno de los viejos de Susana, nos parece un ente ridículo, un viejo que no merece respeto, un desdichado en fin, que bastante lo es aunque no se lo crea, quien en la edad de la experiencia y la condura se deja vencer por miserables pasiones.

A estos vejetes verdes quisieramos que los obligaran á bailar en el baile, desearíamos que se publicaran sus nombres en *El Diario*, entre los anuncios de pérdidas de perros falderos, quisieramos que los inhabilitasen para todo cargo público, y los sujetasen á la vigilancia de los barrenderos de la Villa.

Y hasta de máscaras. Haga cada cual lo que se le antoje, y á vivir. Por supuesto que en Madrid no ha ocurrido nada de particular. Todo sigue como estaba. Los empleados en el aire, los cesantes en guardia y

las solteras en actitud espectante, como ahora se dice, los maridos como tres en un zapato, los periódicos políticos pensando cada cual lo que le conviene, y lo que no es lo que piensa el compañero, y creyéndose todos ecos de la opinión pública, el dinero por las nubes, y el crédito por los suelos, las sociedades de crédito en erreciente, y el crédito de las sociedades en menguante, y muy pocos en el lugar que les corresponde.

Esta es nuestra situación, á la que estamos perfectamente acostumbrados, lo que es una inapreciable ventaja, y arda Troya, y salga el sol por Antequera.

## LAS AMAS DE CRIA.

Las mujeres deben ser niñas hasta el día del matrimonio; mujeres hasta que les llega el día de ser madres; y desde este día madres nada más.

Sin embargo, en la presente edad, hay muchas mujeres que son madres, porque han dado hijos al mundo, pero no porque cumplan los gratos y sagrados deberes que la maternidad les impone.

El primero de estos deberes es criar á sus hijos; y así lo hacían todas en la antigüedad, y así lo hacen hoy las mujeres de la clase baja, algunas de la clase media, y casi ninguna de la alta clase.

Es decir, que la mujer que hoy cria á sus hijos, lo hace porque no cuenta con recursos suficientes para poder eludir un deber, de que solo están dispensadas las que, por su constitución física, no pueden gozar esta grata prerrogativa de la maternidad.

En el siglo XVI comenzaron las damas de elevada alcurnia á prescindir de ese deber, y tan funesto ejemplo no tardó mucho en generalizarse, sin que desde entonces acá, se haya logrado convencer al bello sexo de que la madre que, no teniendo motivo alguno que se lo impida, no cria á sus hijos, comete una grave falta, una falta que en sí misma lleva el castigo. — El castigo de la madre que entrega el hijo de sus entrañas á una madre mercenaria, es esta misma madre de alquiler, que alimenta á la criatura por tanto más cuanto.

La vanidad suele ser el motivo real que tienen las mujeres para confiar sus hijos al cuidado de otra mujer; puede ajarse su hermosura, si ellas cumplen tan dulce misión, y vale más sin duda conservar su hermosura, que la vida de sus hijos.

Que se diría si una dama del gran mundo se presentara en una reunión, en un *te dansant*, por ejemplo, seguida de la niñera, portadora de la criatura, y á lo mejor, cuando un gran señor le estuviera encareciendo la belleza de su rostro, y el encanto de sus ojos, exclamara: — «Con permiso de V. voy á dar de mamar á mi hijo?...» El ridículo caería sobre esta buena madre, y sus cuidados maternales serian objeto de chistosísimos epigramas, y se la declararían inhabilitada para alternar con las gentes de tono, en tanto que no destetara á la criatura.

Quien había de visitar, en su palco á la *marquesita* tal ó cual, sabiendo que esta se dedicaba en los extractos á satisfacer el apetito de su hijo, para que éste no comenzara á llorar estrepitosamente durante la representación? Si la condesa de lo que ustedes quieran se presentara en todas partes, seguida de dos ó tres hijos, y no se separara nunca de ellos, no huiría la turba de almirados galanes, que ahora son sus satélites, y la rodean constantemente cantándole á coro un himno de alabanzas, é insinuándose siempre que tienen ocasión con apasionadas frases, que así como prueban la admiración de que es objeto la noble dama, prueban también el poco respeto que inspiran hoy por hoy la propiedad y el derecho del prójimo?

Todo esto lo evita el marido previsor, y cómplice de la vanidad de su mujer, con alquilar por tiempo ilimitado una ama de cria, que por ocho ó diez duros cada mes, se compromete á criar el niño tan robusto y sano que ha de dar envidia verlo, y hasta ofrece amarlo como si ella lo hubiera parido, de todo lo que podrán informar en tal casa donde crió una niña, que se murió porque el médico le dió una purga que abrasó á la pobre criatura, y en tal otra donde comenzó á criar un niño como un lucero, que no se hubiera muerto si la señorita (la madre del paciente) no se hubiera empeñado en que estreñara una gorrita nueva el día de Noche-buena, y en sacarlo con el frío que hacia á comprar un besugo, besugo que no hizo falta, puesto que el chico, cuando volvieron á casa, estaba convertito tambien en un besugo verdadero.

Asturias, Galicia, y las montañas de Santander nos envían á Madrid anualmente un sinnúmero de madres, dispuestas á serlo del primero que se presente, que han perdido sus hijos ó los han dejado allá en la tierra al cuidado ajeno, si es que no se los han regalado á los establecimientos de beneficencia.—No es esto decir que solo aquellos países produzcan amas de cria; las demás provincias de España las producen tambien, pero de allí procede el mayor número.

Entre las nodrizas hay muchas madres abandonadas, que abandonan á su vez sus hijos para sacar de su afrenta todo el partido posible, vendiendo su sangre á quien mejor la pague.

Las amas de cria anuncian en el *Diario* sus circunstancias, ó fian su destino de los celosos y activos memorialistas de la villa, ó de los cirujanos comadrones, que siempre saben cuando sale de cuenta doña fulana, y los desos que tiene don fulano de poner en ama el niño para no tener que levantarse á pasearlo de noche, y para que su mujer pueda dedicarse al cuidado de la casa, abandonada desde que se presentó el mayorazgo y absorbió toda la atención de la familia.

Entra la nodriza en casa de un empleado de corto sueldo ó de un capitán ó comandante, mediante la condición de recibir cada mes ocho duros, y las protestas consiguientes de que ella no quiere mas que aquello que está en el orden, porque conoce que los tiempos no están para pedir muchas golterías, y el primero, segundo y tercer día, la criatura no tiene motivo alguno de queja, y mama todo lo que se le antoja, y la madre se deshace en elogios de la cuidadosa ama, y la presenta á todo el mundo encareciendo sus circunstancias y lo mucho que va ganando el angelito, que solo en tres días ya parece otro, y nadie dirá que aun no tiene cuarenta días, y que es siétemesino.

Así las dos semanas la nodriza ha ganado la voluntad de toda la familia, y como es domingo y el día está bueno, la madre de la criatura le permite salir á dar una vuelta, acompañada del asistente, para que le tome el niño cuando ella se cansa, y para que nadie sea osado á meterse con ella, cosa que pudiera redundar en perjuicio del inocente.—precaución que no está demás seguramente, puesto que la madre de alquiler piensa dirigirse á la Virgen del Puerto ó á Chamberí, donde los domingos y fiestas de guardar, es lo mas fácil recibir un garrotazo, ó tener que habérselas con alguna victima de Noé, que plantó las viñas para que los cobardes fueran alguna vez valientes.—que no hay hombre que, beodo, no sea valiente, aun á costa de sus narices.

Si en la casa no hay asistente, acompaña á la nodriza la cocinera, y luego acompaña á las dos un soldado, primo de la segunda, que solo le falta un año para cumplir con la reina, y con la prima á quien ha dado palabra de casamiento.—El soldado es espléndido, y por obsequiar á la dueña de su corazón, las invita á entrar en uno de los infinitos despachos de vino que hay en aquellos sitios, y con tres sardinas y un par de cuartillos de lo tinto, improvisa un festin que se parece al de Baltasar, en que concluye de una manera estrepitosa, porque otro individuo con quien habla la cocinera, los ha visto entrar, y entra tambien, y provoca al soldado, que tira del sable, y se arma una de palos que canta el credo, y el ama, que ha bebido mas de lo regular, viendo que maltratan á su compañera, deja el chico en un banco, y lercia en la cuestión agarrándose á los rizos de otra sirvienta, que habla hace tiempo con el soldado, y que, sospechando la infidelidad de este, habia ido á Chamberí, á pesar de que no le tocaba salir, para sorprender al pobre hombre, que aquel día se consideraba libre de ella y en libertad de galantear á sus anchas á la segunda dueña de su corazón.

Termina al fin la refriega, y el ama vuelve á tomar el niño, que llora como un desesperado, sin que le hagan callar los energéticos apóstrofes que le dirige la montañesa, quien á la fin, recurre al medio supremo, que consiste en aplicarle el pecho á la boca.

Y como la madre de alquiler se acaba de administrar una cantidad considerable de vino por el propio cosechero, como anuncia la muestra, el angelito coge una chispa que no sé cómo no se lo lleva Dios, para evitarle dar en ese vicio, que tanto envilece y destruye á los hombres.

El niño queda triste y cariacontecido para tres ó cuatro días, y el ama consuela á la madre con que su malestar es efecto de cualquier causa absurda, y con asegurarla que en todos los niños que ha criado ha tenido ocasión de observar frecuentes variaciones de carac-

ter, sobre todo al llegar á cumplir los cincuenta dias, y otras necesidades por el estilo.

Por supuesto que el ama comienza ya á quejarse de que el niño mama demasiado, y de que ella está muy débil, lo cual quiere decir que no tiene la pobre bastante con lo que le dan de comer, y que necesita sustancias muy nutritivas, y manjares muy delicados, no por ella, que con unas sopas lo pasaria tan ricamente, sino por el angelito, á quien únicamente ha de aprovechar todo lo que ella come. Y como es para bien del mayorazgo, es fuerza acceder á las exigencias de la nodriza, y aumentar el presupuesto del gasto diario.

Llega un día en que el chico no cesa de llorar y meterse los dedos en la boca, sin que le logren dormir todas las canciones que saben su madre verdadera y su madre postiza, y sin que se manifieste ni siquiera agradecido á una y otra, que se están las horas muertas meciendo la cuna, donde le han colocado, cansadas ambas de tenerle en los brazos; ya advina el lector que los premineres de la dentición son la causa del desasosiego del inocente, que aun no ha sospechado que no ha de estar mamando toda la vida, ni que ha de llegar tiempo en que no tendrá mas parientes que sus dientes. La futura dentadura del único hijo de aquel matrimonio honrado, exige que se haga un buen regalo al ama, que no se contenta con menos de media onza y un traje completo.

Todo el tiempo que tarda en echar los dientes, está el fruto del amor conyugal tan impertinente, que no pocas veces pierde la paciencia la madre alquilada, y le aplica tales bofetones cuando no la ven, por decontado, que no sé cómo el pobrecillo no los echa fuera de la boca, aun antes de haberlos echado dentro.

A los ocho ó nueve meses, el niño, que es muy precoz, y que comienza á dar pruebas de un talento extraordinario, ya ha aprendido á decir *mamá* y *papá*, porque la nodriza le ha enseñado, mérito que exige un premio á la misma, ó sea otro regalo, parecido al que se le hizo con el fatigoso motivo de nacer en la boca del niño el diente primitivo.

Si he de decir la verdad, la madre no lleva muy á bien que el niño llame *mamá* al ama, y á ella no la reconoce por tal; el niño es mucho mas lógico que la madre; él se ha aficionado naturalmente á la que le sirve de madre, y su instinto no le dice que tenga nada que agradecer á su madre verdadera.

Y ya es preciso que el nuevo vecino de este mundo sub-lunar empiece á habituarse á otros alimentos mas nutritivos, y la nodriza debe ser quien se encargue de enseñarle á comer, cosa que aprendemos todos muy pronto, administrándole á cucharadas una masa que se llama *papilla*, hecha de galleta y azúcar, y quiera que no, le ha de meter la cuchara en la boca, despues de chuparla ella, y con la seguridad de que la criatura no ha de protestar contra esa práctica, que nunca he podido ver sin asco.

Y comienza la época de las indigestiones; el chico se atraca, ó le atracan, mejor dicho, y el ama, que ya se ha cansado de que el mamon viva de su vida, le obliga á comer de todo, á pretexto de que así se le podrá destetar mas pronto, y el mejor día le hace comer un trozo de bacalao, porque es vigilia, y de esta manera consigue evitar á los padres romperse los cascos imaginando que carrera han de dar á su hijo, y los disgustos que podría darles si salia holgazán y mal criado, y la pena que les causaria verle ir á ser soldado, y un sinnúmero de eventualidades,—porque el pobrecito se muere como un pajarito convencido de que no puede sostener la lucha con su mayor enemigo, que es su madre de alquiler.

Como las amas de cria tienen mas faltas que los estudiantes holgazanes, bien puede considerarse dichosos el niño que no conoce mas que una ó dos durante su primera época de *mamon*, y digo primera, porque cuando el niño es hombre, su primer deseo es llegar á la segunda.

Algunos angelitos reciben el primer alimento de dos tres ó cuatro amas, lo cual, segun autorizadas opiniones, no deja de perjudicar á la criatura; pero como no se encuentra una nodriza sin defectos, y la que no es aficionada al zumo de cepas, es descuidada y exigente, ó está enferma quince días del mes, ó le hace cara al asistente del piso tercero, ó tiene muy pesado el sueño y deja que por la noche mientras ella ronca como una priora, el hijo de su madre se desgañite, fuerza es que el infeliz pruebe una y otra y otra hasta dar con el ama (*rara avis*) que reúna todas las condiciones que exige el buen desempeño de su importante cargo.

Si el tierno infante resiste á todas estas pruebas y llega trabajosamente á los felices dias en que ya le causa asco el pecho de su nodriza, esta reclama para sí la gloria de haber conservado la vida del angelito, y para hacer mas relevante el mérito contraído; se ufana proclamando que cuando ella cogió la criatura, esta se hallaba en el mas lastimoso estado, y que si no hubiera sido por sus cuidados, y porque ella, gracias á Dios, siempre ha sido fuerte y robusta, y no sabe lo que es una enfermedad, et pobrecito estaria mucho tiempo há en el cielo al lado de sus innumerables compañeros mártires del descuido y la vanidad de sus madres y del abandono y mala intencion de sus nodrizas.—Y, aunque deja la casa, donde ya no hace falta, los padres del niño han de ser en lo sucesivo su providencia, y á ellos recurre cuando no tiene acomodo, ó cuando se casa con su seductor arrepentido, y necesita quien le apadrine y le regale, ó cuando á su

marido se le antoja obtener un empleo, y, en fin, en todas sus necesidades y tribulaciones, como si no estuvieran suficientemente recompensados sus servicios con el salario, los regalos y lo que ella pudo haber á las manos durante los dos ó mas años que permaneció sirviendo de égida al niño, á quien cuando sea hombre, pedirá todo lo que se le antoje, aduciendo siempre el mérito de haberlo criado.

La nodriza aristócrata, es decir, que sirve á una familia noble y opulenta, puede asegurar que le ha caído la lotería; ella se pasea en coche con los señores, come á la mesa con ellos, es señora de todos los demás criados de la casa; y puede emplear todas sus horas de ocio en imaginar qué es lo que ha de pedir á los señores, segura de que nada han de negar á la que dá la vida á un hijo querido. Las amas de cria de esta clase, cuando acaban de criar al angelito, van á la tierra llevado al marido algunas onzas, con las que compra este un par de vacas, y se dedica al acrecentamiento y ensanche de su hacienda, en tanto que la aprovechada esposa dá á luz otro hijo, de cuya lactancia se encarga una vecina por una miserable cantidad, y vuelve ella á la corte, donde malo será que no encuentre, por recomendacion de los padres del primer niño que crió, otra casa parecida á aquella, de la que al cabo de un año saldrá para volver á llevar al afortunado consorte igual ó mayor cantidad, con la que se aumentará el número de las vacas, y se podrá emprender alguna lucrativa especulación.

Así como se necesita ser muy esclava de la vanidad para, sin otro motivo admisible, fiar del cuidado ajeno la vida de un hijo, así tambien se necesita estar en gran necesidad, ó tener mucho amor al dinero, para abandonar enteramente ó fiar á otra mujer el hijo propio, y consagrarse á dar la vida que á este le pertenece al hijo de la primera que llega.

Una mujer que ha perdido el suyo, podrá llegar á amar al ajeno; pero la que no se halla en este caso, no puede interesarse por la criatura á quien alimenta por un miserable salario.

Y no sé si será un disparate; pero me parece que el niño que vive al calor de un verdadero cariño se criará mas sano, mas robusto, mas feliz que el pobre que no inspira á la que le dá su sangre mas que indiferencia y odio tal vez.

Por eso creo que una madre no tiene con qué pagar á la nodriza que ama, como si fuera fruto de sus entrañas, al niño cuya vida le han confiado, y que es preciso que este niño sea cuando hombre un monstruo de egoismo é ingratitud para que no ame y respete á la pobre mujer á quien debe la vida, y para que pueda ver con indiferencia sus males, sin acudir en su auxilio, como si se tratara de su misma madre.

Las nodrizas de la última clase son las que se dedican á criar los niños abandonados á la caridad por la miseria, ó la maldad de sus padres. ¡Pobres criaturas! no les basta la horrible desgracia de vivir en el mundo sin nombre, sin padres, sin conocer á sus madres, que tal vez los verán despues indiferentes, vestidos con el uniforme con que la caridad cubre las carnes de los niños desamparados!... Cada nodriza tiene obligación de alimentar á dos de estas criaturas, por un mezquino salario. Nunca se elogiara bastante á las caritativas damas españolas y á los gobiernos que dediquen sus esfuerzos á mejorar la suerte de los angeles abandonados al abrir sus ojos á la luz del mundo, quizá víctimas inocentes de los vicios de sus padres, quienes tal vez llevarán al sepulcro el secreto de su falta, dejando toda la ignominia que sobre ellos solos debió caer, á sus pobres hijos.

Los estados que de cuando en cuando publica la Junta de beneficencia, del alta y baja de la inclusa, prueban que aun no ha llegado aquel establecimiento al grado de perfeccion que exigen la cultura y la humanidad; mucho se ha hecho y se hace, sin embargo, en favor de los niños desvalidos, pero es de desear que se haga mucho mas, que se haga todo lo que falta; que para socorrer á nuestros semejantes desvalidos todo sacrificio es poco; y no hay pueblo mas grande y mas noble y mas protegido por la Divina Providencia que aquel donde la caridad tiene un templo en cada corazón, y donde el huérfano y el desventurado tiene por amigos y protectores á todos sus hermanos, menos desgraciados que ellos.

Y vosótras, honradas madres, no fiéis al cuidado ajeno los hijos de vuestro amor. Criados, amamantados vosótras mismas,—que este es el deber mas grato al corazón de toda mujer virtuosa, de toda esposa amante; no seáis ingratas para con vuestros hijos, para que ellos no lo sean despues para con vosótras; considerad que el niño á quien dáis la vida, ha de ser despues honra y sosten de vuestra ancianidad, y que en el alimento que de vosótras recibe, recibe tambien vuestro amor, vuestras virtudes!...

¡Feliz la madre que al ver á su hijo hombre honrado, abrirse paso en el mundo y merecer el aprecio de los buenos, puede decir con legitimo, con santo orgullo: «Ese es mi hijo; solo á mí debe la vida; al calor de mi seno se desarrolló la inteligencia de ese hombre, hoy respetado y aplaudido por todos los demás...»

Dios recompensa con esta inefable dicha todos los sufrimientos que la mujer arrostra en el camino de la vida.

LOS JUGADORES.

Entre todas las pasiones de que somos víctimas los mortales, ninguna hace mayor número de víctimas, ninguna es tan absolutamente incurable como la pasión del juego. En apoyo de esta verdad señalaré un solo hecho: Paschasius Justus publicó en el siglo XVI un libro titulado De alea sive de curanda ludendi in pecunia cupiditate (medios de curarse de la pasión del juego); pues bien, el autor de este libro murió arruinado por el juego en el pobre lecho de un hospital.

En el juego se pierde siempre y se pierde todo; se pierde el dinero, el tiempo, la salud, la fé, la inteligencia, la consideración de las gentes, la vergüenza, todo, absolutamente todo. El autor de este artículo no siguió el camino que conduce a los altos puestos del gobierno, pero si lo siguiera y pudiera llegar un día a ocupar alguno de aquellos, perseguiría sin tregua ni consideración alguna esas casas abiertas a la pasión del juego, y en las que pierden su tiempo y sus buenos instintos tantos y tantos jóvenes que podrían ser útiles a la sociedad, si no hallasen ocasión de encenagarse en el fango de un vicio, que es siempre, origen de otros muchos.

Habrán quien crea que yo, exajero, los daños, que puede causar la pasión del juego, con la buena intención de hacerla aborrecible, pero no exajero ciertamente; digo la verdad, bien convencido por otra parte de que la demostración de esta verdad no ha de corregir á ninguno de los que tienen por costumbre sentarse alrededor del tapete verde.

Muchos sabios escritores han anatematizado antes de ahora esa desastrosa pasión, presentando tristes ejemplos de las desgracias que el juego puede ocasionar, y sin embargo, el juego existe aun y existirá, progresando siempre; á despecho de todos los moralistas de la tierra. Y en prueba de esta verdad, copiaré las palabras de cierto jugador citado por el sabio Estéban Jouy en una de sus obras.

«Jóven, me dijo, conservad siempre en vuestra memoria lo que voy á deciros: quince años hace que entré por vez primera en esta casa, donde fui testigo del suicidio de un hombre que perdió vida y honra al lado de la mesa fatal; ¡ojalá que aquel ejemplo que á mí no me corrigió, os corrija á vos!»

«Aquel hombre, dice Jouy, se dió la muerte pocos momentos después, lo mismo que el desgraciado de cuyo suicidio fué testigo quince años antes.»

El juego ciega á los hombres hasta el extremo de que el mas honrado llega á convertirse en fullero, el mas tímido en procaz y pendenciero, el mejor educado en brusco é impertinente, el mas desinteresado y franco en avaro é hipócrita. El buen hijo, que

durante muchos años, fué único apoyo y amparo de una madre anciana, olvida sus deberes en una sola noche, y si los olvida una vez y luego otra, y otra luego, si no tiene á su lado quien le separe de la casa de juego, donde entró por su desdicha, ¡ay de la pobre madre, que habrá perdido un hijo! ¡ay del pobre jóven, que, si abandona á su madre, no tendrá momento de reposo, ni hallará en nadie, absolutamente en nadie, el amor de la anciana, de quien el remordimiento y la vergüenza le harán huir!...

El jugador, el hombre de tan mezquina alma y tan pobre voluntad, que se deja arrastrar por esa pasión, no debía tener padres, ni esposa, ni hijos; debía vivir solo, absolutamente solo en el mundo; así, él solo sería desgraciado, él solo se perdería. La madre, la esposa, los hijos de un hombre dominado por ese vicio, son mucho más desgraciados que él mismo.

¿Qué amor puede exigir á su compañera el hombre que trueca la dulce tranquilidad del hogar doméstico, por la corrompida atmósfera de una casa de juego; que prefiere á la compañía de una esposa amante y virtuosa la de hombres viciosos y estraviados que le estrechan la mano con el deseo de ganarle después el dinero que lleva en el bolsillo, y que ven indiferentes ya que no con regocijo, la desesperación que se retrata en su semblante, cuando pierde el último napoleón? ¿Qué deberes podrá imponer á la pobre mujer el marido que quizás olvida, mientras gana ó pierde en una casa de juego, que no tienen un pedazo de pan que llevar á la boca sus hijos desventurados?... Si la infeliz esposa abandona un día la casa de su marido, si huye de él como quien procura salvarse de un peligro próximo y seguro, si no tiene valor bastante para morir de hambre y dejar morir á sus hijos, y acepta la deshonra y olvida el nombre del miserable que la pospone al mas ruinoso de los vicios, ¿con qué derecho irá él luego á pedir cuentas de una honra, que él fué el primero en perder? ¿con qué derecho querrá hacerse juez de la que es víctima suya, no mas?

Y el mal aconsejado jóven, que pasa las noches en esas reuniones abominables, mientras su madre, en perpétuo insomnio le espera contando los minutos por siglos de angustia, y forjándose en su imaginación mil peligros que pueden amenazar al hijo ingrato, ¿no comete un delito olvidando á la pobre anciana, háto débil ya para vivir en constante ansiedad, en perpétuo sobresalto?

Decid á un hombre que hay otro que abandona á su madre, á su esposa, á sus hijos, y se horrorizará seguramente, y allá en el fondo de su alma protestará que él no lo hará nunca; pero llevadle después á una casa de juego, dadle cita para la misma casa otro día, acostumbra á las gentes que la frecuentan, haced de modo que se aficiona á los azares del juego, y vereis como tal vez al cabo de cierto tiempo

po, él también abandona á su mujer y á sus hijos; vereis qué extraña mudanza ha producido en él esa pasión desoladora; vereis hasta en sus ojos un no sé qué de siniestro y sombrío, que es el reflejo de la intranquilidad de su conciencia, de la ansiedad que le devora, de la duda del descrédito, del temor y la suspicacia.

Algunos habrán, estoy seguro, que al fijar la vista en este cuadro de mi galería, se verán copiados; pero también tengo evidencia de que olvidarán muy pronto que han visto su retrato.

Yo, que me he propuesto ver de las cosas de este mundo todas las que pueda, he visto las casas de juego, y en ellas he aprendido, no perdiendo ni ganando yo, sino viendo perder y ganar á los demás, que el juego puede ser origen de muchos males, que esa pasión hace mas víctimas que ninguna otra, que se necesita tener gran fuerza de voluntad para no dejarse arrastrar al abismo á que conduce, y sobre todo que el hombre laborioso que vive tranquilamente y trabaja metódica y regularmente, gana mucho, mucho mas, bajo todos conceptos, que el jugador afortunado.

Y ahora suplico al lector que vacie los bolsillos y se deje el dinero en casa y me acompañe á una de juego, donde tendré el gusto de presentarle algunos jugadores convictos y confesos, pero nunca arrepentidos.

Y para que antes de entrar en la casa pueda formarse idea del cuadro que le voy á presentar, copiaré el siguiente apólogo de un fabulista alemán:

«Después de un largo viaje á lejanas tierras, cierto filósofo acababa de regresar al pueblo de su naturaleza; sus amigos y su familia le preguntaban qué cosas extraordinarias habia visto durante los años que pasó lejos del suelo nativo; y él por complacerlos refirió el siguiente episodio:

«Voy á deciros lo mas extraordinario que he visto en mis viajes. En cierto país que visité, situado entre Africa y Asia, encontré una especie de hombres de una naturaleza extraña por demás. Pasan las noches enteras sentados alrededor de una mesa, en la que no hay ningun género de viandas ni bebidas, pero en la que todos tienen los ojos fijos; suceda lo que quiera, ellos se mantienen en su puesto, sin apartar la vista de la mesa, objeto de todo su afán. De vez en cuando se les oye proferir algunos sonidos inarticulados que no tienen hilación alguna aparente, y que sin embargo, les hacen pasar alternativamente de la alegría á la desesperación. Jamás olvidaré la terrible expresión de las fisonomías de aquellos hombres, que varias veces he tenido ocasión de observar; el temor, la esperanza, la avaricia, el odio, la envidia, la desesperación se apoderan de ellos y los convierten en hombres que casi no parecen hombres... Pero, preguntaron los amigos del

EL TEATRO

(Estudio de costumbres.)

Los actores.

(Continuación.)

No es para contado lo que yo sufrí aquella noche. Algunos de los alabarderos de la empresa anterior, cuyos nombres habia borrado de la lista, y no pudieron hacer servicio en aquella función, vinieron á mí, esponiendo los unos su derecho, invocando los otros sus méritos y amenazándome algunos.

Y ¡qué cosas oí de mi humilde persona en los pasillos de los vestuarios! Todas las actrices y todos los actores tenían su cohorte de parientes, amigos, protectores y apasionados; y en cada vestuario se murmuraba de lo linda, tanto de mí como del director, como de los demás.

Desde el pasillo oí perfectamente: «¿Quién es el empresario?»

«Un alguacil, decía el barba; le ha caído la lotería, y para que le caiga otra vez se ha metido á empresario; él es un caballero, no agraviando lo presente; pero, en tiende de teatro lo mismo que el caballo de la plaza Mayor.»

«¿Y cuándo se hace el drama nuevo? preguntaba uno que luego supe era propietario de un periodiquito de toros titulado El Talento.»

«Cuando D. José lo disponga. Pronto tardará.»

«¿Y qué tal es el drama?»

«¡Hombre! yo no quisiera ofender al autor, pero me parece que es bastante malo. Tiene muy buen verso, eso

si; pero le faltan efectos de relieve; el argumento está muy desleído, y luego no tiene tampoco más papel de punta que el de D. José, y ese se reduce á mucho sermón, y mucha moral; y ya saben ustedes que el público suele decir á todo eso; ¿y á mí qué? El autor ¡pobrecillo! se hace muchas ilusiones; pero me parece que si dura tres noches, ya se puede dar con un adoprín en la cabeza.

En el cuarto de la dama jóven graciosa, era la madre de esta la que tenia la palabra.

«La niña no debía haber trabajado anoche, decía aquella descontentadiza señora, porque hoy ha tenido un sofoco muy grande con el papel que le han dado en el drama nuevo, y está, ya la ven VV., que no puede hablar. ¡Maldecido sea el drama, amen, y quien lo escribió!»

«¿Pero tan malo es el papel? preguntaba uno de los adoradores de la niña.»

«Ni de estraza, contestaba la madre. ¡Nada! no tiene un aplauso siquiera. Y luego hágame V. un traje.»

«Un traje.... ¿De qué? ¿de qué? dijeron tres ó cuatro á la vez.»

«De vestal?»

«De reina?»

«De aldeana?»

«¡Quiá! ¡no, señores! De pasiega.»

«¡Calle! ¿es un drama de costumbres?»

«Sí; de malas costumbres, de no sé qué época; pero el papel de la niña es una nodriza.»

«Bien, mamá, observó la niña, pero no se viste como ahora.»

«Pues yo he visto siempre las amas de cría vestidas del mismo modo. ¡Yá! ¡yá! mire V. que ha sido idea la del autor! Mucho es que no la ha hecho salir con el niño en brazos!»

«Yo pondré una gacetiilla, dijo el otro de los tertulios, para que le den á Pilar otro papel.»

«Sí, sí, buen caso hace de gacetiillas D. José. ¡No ve V. que está interesado en que se luzca la otra?»

«Pues pondré otra contra la empresa que tolera esos abusos.»

«Sí, sí, ¡buen animal debe ser el empresario! Anoche, cuando se repartió, por mis que yo dije para que cam

biaran de papel la otra y la niña, se hizo el desentendido. En fin, ¿qué se puede esperar de un cualquiera que ha tomado la empresa solo por proteger á una bolera?

«¡Calle! ¿También eso?... Pues que se deseude y se lo planto en el periódico.»

Terminó el entreacto, y los apasionados se fueron á ocupar gratis sus butacas, y los actores á la escena.

Yo fui prudente, y no dije cuatro cosas á la mamá de la graciosa ni emprendí á golpes con el barba, porque D. José me habia dicho aquel mismo día que todo eso y mucho mas debería oirlo como quien oye llover.

«¿No me decía V. que tendríamos lleno? dije á Don José que se paseaba entre bastidores, esperando que le tocara salir.»

«Y lo hubiera habido; pero amigo, como se dice por ahí si vá á haber jarana, el público se reserva.»

«De veras? repuse, asombrado de aquella noticia, que no me parecía verosímil.»

«Sí, señor, ahora lo acaba de decir en mi cuarto el director de El pueblo soberano que probablemente estará metido en el ajo.»

«¿Cómo? El pueblo?»

«No, señor, es un periódico.... Y me ha ofrecido ponerlo mañana un bombo....»

«¿Qué! ¿No basta con el que tenemos?»

«¿Cuál?»

«El de la orquesta.»

«No es eso, hombre; un bombo se llama un sueldo en alabanza de los actores y de la empresa.»

«¡Ah! ¡Yá! se lo agradezco; pero más le agradeceré que me llenara todas las noches el teatro.»

«Eso ya lo verá V. en cuanto yo me proponga trabajar.»

«Pues yo creí que desde el momento en que V. se proponía cobrar un sueldo, se proponía también trabajar.»

El traspunte vino en esto, y con cierta autoridad dijo á D. José: Prevenido, D. José! y este se previno á salir por el foro arrugando las cejas, y poniendo la cara que requería el argumento.

EN LA FONDA DE UN BALLE DE MASCARAS.

Se continuará.

viajero, ¿en qué se ocupan aquellos desgraciados?... Están condenados a sufrir el suplicio de permanecer en este estado durante la noche? ¿Se ocupan acaso en trabajos de utilidad pública? Nada de eso? ¿Buscan por ventura la piedra filosofal? Al contrario: ¿Es que hacen penitencia de crímenes que han cometido? No; están mas dispuestos a cometerlos que a arrepentirse. Pero entonces, ¿qué es lo que hacen? ¡Juegan!

(La conclusion en el número próximo.)

CASCABELES.

A la actriz señora Corro, que trabaja en el teatro de Alcoy, le dispararon un trabucazo, es decir, unos versos la noche de su beneficio.

Compadecemos á la señora Corro, que suponemos habrá hecho lo que indica su apellido, huyendo de la pedrea que le ha soltado el autor de los tales versos que para que nuestros lectores vean cuánta es la misericordia de Dios que tales cosas perdona, ponemos á continuación:

¡Oh, cuánta melodía, dulzura y armonía tu celestial y angélica voz encierra! un cielo hicistes de nuestra ingrata tierra, cuando de su templo las puertas te abrió TALIA!

EUTERPE te escuchó, y el mundo complacido al eco sonoro de tu puro acento, dióse con sus armonías por vencido, y te rindió APOLO su lira y válimiento.

MINERVA su saber, VENUS su hermosura, te rinden en tributo cual vasallo al Señor: CUPIDO su arco, sus flechas y ternura, y FEBO de sus rayos el puro resplandor.

¿Qué podremos nosotros, actriz, ofrecerte? y cómo Alcoy su gratitud mostrarte? solo puede hermosa al oír, admirarte, y con ferviente entusiasmo aplaudirte.

Celebraremos que la señora Corro se alivie de la enfermedad que indudablemente deben haberle causado los preinsertos versos.

Seguros de que no ha de escaparse por ello nuestro amigo el señor Campoamor, copiamos la siguiente poesía de su composición:

LOS DOS ESPEJOS.

En el cristal de un espejo á los cuarenta me ví, y hallándome feo y viejo de rabia el cristal rompí.

Del alma en la transparencia mi rostro entonces miré, y tal me ví en la conciencia que el corazón me rasgó.

Y es que perdiendo el mortal la vida, la juventud y amor, se mira al espejo, y mal! se ve en el alma.

El día de San Anton, patron de Jadraque, rieron en este pueblo los solteros y los casados. Parece que el origen fué el animalito que tiene á los pies el santo. Aquí ríen todos los días los casados: llevan esta ventaja á los de Jadraque.

ENIGMAS.

1.° Sirvo al loco, sirvo al cuerdo, y al ignorante y al sabio; se hace buen uso de mí, y se abusa en muchos casos; al arbitrio de cualquiera, puedo causar mucho daño, ó hacer muchos beneficios, ó producir mucho escándalo. Lo mismo sirvo al placer, que á la amargura y al llanto; suplico, pido, porfio, chedezco, exijo y mando. Yo reino en el mundo entero, puedo perderme un borracho, me dan, me toman, me ceden, me faltan, no me hacen caso, me estiman como la prenda mas cara del hombre honrado, y sin mí no fueran nada cómicos ni literatos, ni mujeres, ni maestros, ni libros, ni diputadas, y mientras exista el mundo, ha de durar mi reinado.

2.° Soy una flor muy bonita, y una célebre ciudad, soy isla muy apartada, y una fruta sin igual, un reino tambien muy célebre, y la muerte puedo dar.

3.° Hembra fui la mas hermosa que pudo en mi tiempo haber; la luz ví y al otro día con mi padre me casé, y no siendo este casado, madre no pude tener. Pasó un año y tuve un niño, pero lo mas raro es que he muerto, ¡pásmense todos! porque he muerto sin nacer.

4.° En singular lo mejor soy para el hombre leal, para la mujer discreta y para el guerrero audaz; por ternarme en plural, muchos me pierden en singular.

EN LA FONDA DE UN BAILE DE MÁSCARAS.

—Vamos, máscara, ¿qué quieres?—Algo has de tomar?—¡Mozol!

—Si no quiero nada. —Vamos, un helado, un dulce. —Si no tengo apetito. —No me desaires, máscara. —Bien, tomaré algo, pero solo por no desairarte. —Gracias, hija mía... Y ¿qué tomas? —Diga V., mozo, ¿hay conejo? Traiga V. un cuarto.

EN EL SALON.

—Máscara, es preciso que me concedas una entrevista. —¡Yo!... —Ese talle, esa aristocrática mano, ese pié breve, invisible, nobilísimo, elegante, histórico, en fin, que es todo lo que puede decirse, me subyugan, me encadenan á tí, me dan la convicción de que eres una de las damas mas hermosas y de mejor tono de Madrid.

—¿Qué cosas tienen ustedes! —Mira, ten confianza en mí; soy un hombre conocido, soy diputado á Cortes... Ya habrás leído mi nombre en los periódicos... José Gomez... —Pues entonces, este domingo, nó, el otro, porque no me dejan salir mas que de quince en quince dias... Si vá V. á Chamberí, allí estaré junto al Tío Vivo.

Hoy comenzamos á publicar una colección de enigmas muy curiosos. Publicaremos las soluciones de los contenidos en los cinco números de cada mes en el primero del siguiente.

Nuestros lectores pueden tener seguridad de que haremos todo lo posible para que EL CASCABEL merezca el favor extraordinario que el público le dispensa, procurando hacer su lectura cada vez mas amena y provechosa.

Ya habrán oído nuestros lectores que el señor D. Severino Perez ha construido una máquina de su invención, á la que llama Teenefón, y á la que hace pronunciar clara y distintamente las palabras.

Ofrecemos al inventor las columnas de nuestro periódico, y en ellas publicaremos con gusto cuantas aplicaciones, noticias y grabados crea convenientes para dar á conocer su maravilloso aparato.

Hoy debe venderse mucho EL CASCABEL porque está abierto el pago de las clases activas y pasivas, y estas respetables clases, á las que pertenecen, excepto EL CASCABEL, todos los españoles, tendrán dinero fresco y buen humor.

El distinguido escritor don Ventura de la Vega, cuya muerte anunció La Correspondencia, ha escrito un album los siguientes versos, á propósito de la absurda y cruel noticia de nuestro apreciable colega:

«Sabrás, María, que he estado por mala correspondencia, privado de la existencia y casi, casi, enterrado. Por fin con vida salí, y huyendo de la que mata, correspondencia mas grata hoy, María, busco en tí.»

Si me concedes licencia de amarte cual tierno amigo, y de tu afecto consigo una fiel correspondencia. Con satisfacción cumplida diré: bendigo mi suerte; si una quisiera darme muerte, otra viene á darme vida.

Lo que es el primero de estos versos parece imposible que lo haya escrito nuestro amigo D. Ventura de la Vega, ni aun despues de muerto.

Lo dicho; no podemos creer que el señor Vega haya escrito este verso, y esté vivo como deseamos que esté muchos años.

En la Correspondencia hemos visto un anuncio que dice: «Anco univesal de Haorros. No habia mas palabras, y no ha podido haber mas disparates.

Dicen que en el Circo del Principe Alfonso van á darse bailes de máscaras.

Un periódico dice que la empresa ofrece poner á disposición de los concurrentes, gratis por supuesto, carrujos de alquiler que los lleven á sus respectivas casas.

Nosotros hemos oído tambien que hay otra empresa que ofrece para cuando los empresarios lleguen á ministros, un destino á cada individuo que acredite haber asistido á los bailes, un dote á cada soltera, y un café con tostada vitalicio á cada mamá de las que favorezcan las magnificas reuniones que se preparan.

Creemos que estos bailes se darán en la plaza de toros.

Despues de anunciar que vá á dar á sus lectores algunas noticias taurómacas, incluye entre estas un periódico la del próximo casamiento de un torero.

Eso de llamar taurómacas á las noticias de casamientos nos parece un poco fuerte, un poco irreverente; y si nos halláramos en el pellejo del interesado, demandaríamos inmediatamente al periódico en cuestion.

Solucion de la charada inserta en el número anterior.

Por pensar en tu charada, CASABEL de los demonios, peor estoy del histórico que se me vá haciendo histórico.

La señora de siempre.

Pocas comedias hemos visto tan perfectamente representadas como El amor de los amores en el teatro del Principe. Matilde, la Tenorio y los hermanos Catalina han comprendido admirablemente los caracteres, muy bellos por cierto, de la bonita comedia que dejamos citada.

El señor Catalina (don Juan) es un actor de gran mérito; en esta comedia lo demuestra bien claramente.

Los bailes del teatro de la Zarzuela están muy concurridos y animados.

Doña Rosa, que tiene tres hijas, á quienes acompaña al baile, tomó en el último tres cafés con tostada, y se ha propuesto no perder un baile; porque, como ella dice, se divierte y se ahorra la cena.

CHARADITA.

Un album tengo con versos de los primeros poetas, y antes de escribirlos, todos han escrito mi primera.

Mi primera y mi segunda es de matrimonio prueba, ¡ay de mí que no he tenido quien me haya dado esas pruebas.

Mi primera con mi cuarta solo es una en la cabeza, yo quisiera tener dos para ir al cielo con ellas.

Cuarta y tercera lo llevo aunque soy mujer de fecha, y esta frase el matrimonio otra vez, ¡ay! me recuerda.

Cuarta y segunda es el nombre de un conocido poeta, que si no fuera casado quisiera que me quisiera.

La tercera y la segunda es un animal que apesta, y muy malo, segun dicen, que yo no lo ví de cerca.

La cuarta es nota de música, y una palabra francesa, y el todo ¡ay lector! el todo en mis tiempos de polluela me gustaba mucho, mucho... y si me mirarme quisiera!

Hoy no me gusta ya tanto, porque tres años me lleva, y yo tengo... lo que es eso no lo digo si me queman. Te regalo un cangrejo, lector, si mi todo aciertas.

La señora de siempre.

ANUNCIO.

ALMANAQUE

CÓMICO-PROFÉTICO

DE EL CASCABEL.

Este libro que contiene composiciones bellísimas de Hartzenbusch, Rubi, Serra, Selgas, Larra, Frontaura, Camprodon, Navarro, Regoyos, etc., etc., se vende á reales en Madrid en las principales librerías y en la Administración de EL CASCABEL, Jardines, 114.

Se regala á los que se suscriban por tres meses al CASCABEL.

Los suscritores de provincias deberán remitir un sello de cuatro cuartos por el porte del Almanaque, al remitir el importe de la suscripción por tres meses.

Por lo contenido en este número.

F. Peretagua.

Editor responsable, D. Francisco Peretagua.

Imprenta de Manuel Minuesa.

calle de Juanelo, núm. 19.

Amazola